

Juan Ginés de Sepúlveda, cronista del Emperador

Baltasar Cuart Moner

Universidad de Salamanca

Pocos textos debe haber que hayan tenido una suerte tan adversa como la crónica del emperador Carlos V escrita por Juan Ginés de Sepúlveda. Hasta 1780 los lectores no pudieron contar con una edición impresa de la misma, llevada a cabo por la Real Academia de la Historia con el título *De rebus gestis Caroli V Imperatoris et Regis Hispaniae*, dentro de la edición de las *Opera* del autor que, de todas formas, tampoco eran *Omnia*, por cuanto faltaban sus traducciones y comentarios de los filósofos griegos y el conflictivo *Demócrates Alter*, de no menos azaroso destino que la crónica del Emperador, aunque por motivos diferentes, y que solamente se imprimió a finales del siglo XIX¹.

Este desconocimiento de la única crónica completa de Carlos V salida de la pluma de uno de sus cronistas reales ha pesado de forma extraordinariamente determinante en la valoración de Ginés de Sepúlveda como historiador, por cuanto trasladó automática y casi exclusivamente la obra del cordobés y aun su propia figura al campo de la polémica con fray Bartolomé de las Casas sobre la licitud y justicia de la conquista indiana. Es más, si bien suele haber acuerdo en situar a Ginés de Sepúlveda en un nunca muy concretado campo del «humanismo español», los historiadores no se han preocupado, en general, de definir concreta y exactamente estas trazas «humanistas», como tampoco ha sido analizada su labor como preceptor del futuro Felipe II, más allá de la constatación del dato simple del hecho. Por supuesto, este Sepúlveda polemista tampoco ha sido,

¹ De gran utilidad para estas cuestiones es el trabajo de GIL FERNÁNDEZ, L., «Una labor de equipo: la editio matritensis de Juan Ginés de Sepúlveda», *Cuadernos de Filología Clásica*, 8 (1975), pp. 93-129. Una historia del texto manuscrito de la crónica del Emperador puede verse en RODRÍGUEZ PEREGRINA, E., «Estudio filológico», que acompaña a la edición en curso de las *Obras Completas* de J. Ginés de Sepúlveda, I, *Historia de Carlos V: Libros I-V*, introd., ed. crítica y traducción RODRÍGUEZ PEREGRINA, E., estudio histórico CUART MONER, B., Pozoblanco, 1995, pp. XCVIII-CII. El *Demócrates Alter* no fue publicado hasta 1892 por MENÉNDEZ Y PELAYO, M., en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, núm. 21, pp. 257-369. Véase CUART, B., y COSTAS, J., «Diego de Neila, colegial de Bolonia, canónigo de Salamanca y amigo de Juan Ginés de Sepúlveda», *Studia Albortotiana*, XXXVII, VI, 1979, p. 277.

hasta época muy reciente, el cronista de Indias, toda vez que su historia del Nuevo Mundo permaneció tan impenetrable como la del Emperador².

Como resultado de todo ello, podemos decir que hasta muy recientemente, cuando se ha empezado a poder leer a Sepúlveda en español, su dimensión de historiador simplemente no existió³. O lo que es peor, se juzgó a unas obras jamás leídas, o escasísimamente leídas, a través de unas anteojeras deformadas por el inevitable *parti pris* de los historiadores en la controversia habida con Las Casas, cada cual según sus propios gustos.

Este trabajo está centrado únicamente en la crónica del Emperador. Por lo tanto, tendremos que atender, en primer lugar, a una cuestión básica, cual es intentar dilucidar los motivos por los cuales permaneció inédita la única crónica del Emperador escrita y concluida en su propio tiempo, salida de la pluma de uno de sus cronistas reales. Otras cuestiones se desprenderán de esta primera, tales como la valoración de Sepúlveda de su propio trabajo como historiador y las características de la crónica, toda vez que el contenido de la misma, en edición bilingüe, poco a poco va estando al alcance de los lectores⁴.

Una crónica concluida e inédita

Hacia 1560⁵, Juan Ginés de Sepúlveda escribía a su amigo y antiguo colega en el colegio de san Clemente, Diego de Neila, por entonces canónigo en la Iglesia de Salamanca:

Tú, sin embargo, estimas que a muy pocas personas, y de gran confianza, se les debe hacer conocedores de mi historia, cuya credibilidad y prestigio pueden perjudicar las tergiversaciones y mentiras de los envidiosos. Es fácil refutar las críticas de los malvados con el juicio recto y de mayor peso de personas justas, una vez editada la obra (lo cual podría aconsejarse con un elogio merecido). Pero si alguien con ánimo hostil lee tu narración solo o con unos pocos puede, al faltar aquel temor, difamar el libro más libremente con mentiras y con un juicio desviado. Tampoco por eso estimas que no se debe precipitar la edición, sino que es preferible encargársela a los que me sucedan, ya que no se tiene

² Tan sólo el profesor Ángel Losada, cuyas obras son imprescindibles para los estudios sepulvedianos, y que haremos constar en su lugar oportuno, se percató desde los años cuarenta de la importancia de la obra histórica del cordobés, al que dedicó importantes trabajos.

³ Es significativo que hasta la década de los noventa, el único trabajo monográfico específico sobre la crónica sepulvediana del Emperador fuera el de LOSADA, A., «Un cronista olvidado de la España imperial: Juan Ginés de Sepúlveda», *Hispania*, 8 (1948), pp. 234-308.

⁴ Además del volumen I citado también se publicó, en 1996, el volumen II por las mismas personas y características, que contiene los libros VI-X.

⁵ La carta no va fechada, aunque LOSADA, A., *Juan Ginés de Sepúlveda a través de su epistolario y nuevos documentos*, Madrid, 1949, p. 234, juzga que debió ser escrita entre junio de 1560 y marzo de 1563.

envidia de los muertos. Este consejo tuyo, lleno de prudencia y afecto, lo apruebo y lo acepto y con gusto obedeceré tus recomendaciones de gran amigo ⁶

Como vemos, esta carta parece ser respuesta a otra, hoy perdida, escrita por Neila a su gran amigo Ginés de Sepúlveda. Vemos, igualmente, que el ánimo de Sepúlveda no rebasaba optimismo, sino decepción ante la escasa valoración pública de su trabajo como cronista de Carlos V. Baja valoración que compartía su amigo, hasta el punto de aconsejarle que dejara en el olvido el trabajo de muchísimos años y del que el autor no sólo estaba satisfecho, sino que podía pensar, con razón, que no tenía igual dentro de la crónica que en la época se seguía haciendo en España.

¿Por qué aconsejó el canónigo salmantino la toma de tan drástica decisión?

La cronología nos ayuda a dar una primera respuesta. Efectivamente, a principios de la década de los sesenta Sepúlveda acusaba todavía su fracaso en el contencioso que en la década anterior había mantenido con fray Bartolomé de Las Casas.

En realidad, el nombramiento de Sepúlveda como cronista real en 1536, cargo deseado y aun buscado con afán por él mismo, no le supuso al cordobés italianizado la tranquilidad que anhelaba. Y ello ocurrió porque Sepúlveda nunca fue un cronista «a tiempo completo», sino que, como veremos, no sólo simultaneó su oficio de historiador con otras muchas empresas que llevaba entre manos, absolutamente ajenas al asunto, sino que la misma escritura de la historia era considerada por él una actividad no tan importante como otras disciplinas que cultivaba.

Efectivamente, estando todavía en Italia, en 1535, poco antes de ser nombrado cronista real, Sepúlveda había publicado un diálogo, dedicado al duque de Alba, titulado *Diálogo sobre la compatibilidad de la disciplina militar con la religión cristiana llamado Demócrates* ⁷ en el cual se enfrentaba con Erasmo y con los erasmistas, todavía singularmente poderosos, aunque por poco tiempo, en el entorno de Carlos V. El enfrentamiento venía dado por el ataque que hacía Sepúlveda del pacifismo de raíz evangélica tan caro al maestro del norte de Europa y a la defensa de la «guerra justa», referida por ahora al Islam, que era lícito y aun obligado practicar a los cristianos. La obra tuvo bastante éxito en España y fuera de ella. En 1541 fue traducida al castellano

⁶ Carta de Juan Ginés de Sepúlveda a Diego de Neila, en CUART, B., y COSTAS, J., *op. cit.*, pp. 300-306; ha sido incluida, igualmente, en el volumen I de las *Obras Completas*, *op. cit.*, pp. XVII-XXII. Esta carta, en la que Sepúlveda descubre su metodología como historiador, fue puesta a modo de prólogo de *De Rebus Gestis Caroli V* por los editores académicos de 1780, e incluida por ellos mismos en el tomo III de dichas *Opera*.

⁷ Jo. *Genesisii Sepulvedae cordubensis artium et Theologiae doctoris de convenientia militaris disciplinae cum christiana religione dialogus, qui inscribitur Democrates*, Impressum Romae apud Antonium Bladum, anno domini MDXXXV. Este diálogo fue publicado y traducido por LOSADA, A., «Demócrates Primero o diálogo sobre la compatibilidad entre la milicia y la religión cristiana», en *Tratados Políticos de J. Ginés de Sepúlveda*, Madrid, 1963. Del mismo autor véase, igualmente, «Una fuente olvidada del moderno Derecho internacional: El "Demócrates Primero" de Juan Ginés de Sepúlveda», *Studia Albortiana*, XXXVII, VI, 1979, pp. 215-236.

y publicada por Antonio Barba en Sevilla; en 1545 sería reeditada en París y en 1602 en Colonia.

Al año siguiente, en 1536, Sepúlveda era nombrado cronista real. Cuando Sepúlveda llegaba a España, a fines de 1536, el ambiente intelectual y político estaba algo enraizado. El «veranillo de san Martín» del erasmismo estaba concluyendo. La muerte en 1531 de Alfonso de Valdés, a la que seguirían el procesamiento de importantes figuras del erasmismo hispano, puede servir para marcar el punto de inflexión de este proceso que, no obstante, no se cerraba sin traumas y profundas divisiones intelectuales y aun políticas.

Sin embargo, Sepúlveda al llegar a España se encontraba con un debate de mucha mayor trascendencia para él, y ante el cual sería incapaz de permanecer ajeno. Era el que desde las aulas salmantinas aireaba nada menos que la licitud de la conquista indiana y de la explotación de la mano de obra indígena por parte de los encomenderos. Durante el curso de 1537-1538 fray Francisco de Vitoria dictó sus famosas relecciones sobre estas cuestiones, y no eran más tranquilizadoras las noticias que llegaban acerca de ciertas predicaciones de algunos frailes en aquellas lejanas tierras, clamando contra los atropellos cometidos por los colonizadores⁸.

La puesta en cuestión del hecho de la colonización dividió las opiniones en Castilla hasta provocar un auténtico debate público. Por supuesto que los intereses colonizadores buscaron valedores en la corte, al igual que tenían acogida las tesis contra sus abusos, y la verdad es que los encomenderos creyeron encontrar un aliado importante, aunque no podemos decir si inesperado o no, en el cronista real y preceptor del príncipe Felipe. Nunca sabremos con exactitud si la defensa de la licitud de la empresa conquistadora y colonizadora asumida por Sepúlveda fue un puro acto de soborno o un acto de congruencia intelectual y ética por parte del cordobés⁹, pero lo cierto es que Sepúlveda, al filo de 1540, estaba preparando una nueva obra, cuyas tesis continuaban las expuestas en 1535 en su *Demócrates*, y que iba a llevar casi el mismo título.

La promulgación de las «Leyes Nuevas» de 1542 precipitó los acontecimientos. Efectivamente, en 1545 tenía preparado Sepúlveda su *Demócrates Alter*, o *Demócrates Segundo*, obra que el autor no esperaba que fuese a tener dificultades, toda vez que la puso bajo la dedicatoria del presidente del Consejo de Indias, el cardenal García de Loaisa.

⁸ HANKE, L., *La lucha española por la justicia en la conquista de América*, Madrid, 1959, esp. caps. IV-X.

⁹ La verdad, además de lo que pueda deducirse de los textos de Las Casas, es que no se aducen pruebas concluyentes sobre ello. No obstante, es algo probado que los intereses encomenderos buscaron apoyos en la Corte y en los organismos de gobierno y, muy probablemente, pensaron que tener de su parte a Sepúlveda, cronista real y que, por lo tanto, debería ocuparse, en algún momento, de escribir también la historia de las Indias, e intelectual de prestigio, proclive a justificar la «guerra justa» en base a «fines superiores», como ya había hecho en 1535, podía ser de gran utilidad. Véase BRUFRAU PRATS, J., «Estudio Histórico», a *Demócrates Segundo*, en GINÉS DE SEPÚLVEDA, J., *Obras Completas*, Pozoblanco, 1997, III, pp. VII-X. En este volumen se encuentra, igualmente, la *Apología en favor del libro sobre las justas causas de la guerra*.

Sin embargo, no fueron las cosas tal como esperaba. El Consejo de Indias, bajo presión de las tesis de los teólogos salmantinos, denegó la solicitud de impresión. Sepúlveda, estupefacto, no abandonó, sin embargo, el campo de batalla. En 1547 logró de la Corona una cédula para que la licencia de impresión se discutiese en el Consejo Real, como así fue. Pero tampoco había medido bien sus fuerzas el cronista; tras consultarse el caso a las universidades de Salamanca y Alcalá —una prueba indirecta, no obstante, de la importancia que se le concedía a la obra— el permiso fue denegado.

Como precisamente en este mismo año había regresado fray Bartolomé de Las Casas a España y se había establecido en Valladolid, cerca de la corte, Sepúlveda no dudó en atribuir toda la acción a un complot del fraile, cuyas tesis sabían los dos contrincantes que eran opuestas y que desde ahora se convertirá en su más acérrimo enemigo ¹⁰.

Por lo tanto, Sepúlveda se iba sintiendo progresivamente desasistido por quienes, errando el tiro, pensaba que deberían de haber sido sus valedores naturales. La decepción le venía, además, por otras partes: su prestigio como intelectual, sólidamente establecido en Italia, le era regateado en España. Juan Páez de Castro, quien también llegaría a ser cronista real, le tenía incluso por desequilibrado ¹¹.

En este momento escribe a Neila una carta sin fecha ¹², tan críptica que parece dictada por el temor, trufada de citas de autores griegos y latinos que sólo podían ser interpretadas en la clave que conocían sus allegados, en la que parece lamentar no haber seguido sus prudentes consejos de no meterse en asuntos tan procelosos como aquellos:

¿De qué sirvió irritar a los zánganos, desdénando los consejos de los viejos amigos leales y de experiencia?... He irritado los ánimos de algunos al tratar un asunto mío o, más bien, público del país. No había pensado que me las iba a tener que ver con zánganos, sino con abejas más mansas. Y tal vez así serían ellos si no tuviesen en este asunto un jefe asombroso y extraordinariamente dotado de aguijón, de una astucia zorruna, más dañino que un escorpión... ¿qué puedes hacer si algún taimadísimo artifice de la calumnia... te asedia y ataca ante esos mismos príncipes con falsas acusaciones?... Nos arreglaremos para no depender de nadie ni tener pendientes de otra persona los motivos de dolor y alegría.

Pero, a pesar de todo, Sepúlveda, bien estimulado por los encomenderos, bien herido en su amor propio, no se rindió todavía y compuso una defensa de su obra que tituló *Apologia pro libro de iustis belli causis*. En 1549, al tiempo que el obispo de Segovia,

¹⁰ Lo cual, por cierto, nos da idea de cómo los manuscritos circulaban entre los interesados mucho antes de que se diera o no se diera la correspondiente licencia de impresión.

¹¹ En carta a Zurita, escrita desde Trento en junio de 1546: «le tengo por hombre non sani capitis, que ni en sus cartas ni en su diálogo sabe lo que dize por falta de principios», citado, por BATAILLON, M., *Erasmus y España*, México, 1966, p. 633. Parece ser que el diálogo al que se refiere es *De correctione anni*, publicado en Venecia en 1546.

¹² Publicada en CUART, B., y COSTAS, J., *op. cit.*, pp. 294-298.

Antonio Ramírez de Haro, le hacía llegar las razones de la denegación de licencia de impresión para su *Demócrates Alter*, Sepúlveda mandaba a Antonio Agustín la *Apología*, que encontró la complacencia del auditor de la Rota, y también antiguo colega de san Clemente, el cual la hizo publicar en Roma en 1550. Era un desafío en toda regla a las disposiciones negativas del Consejo Real y una provocación, por cuanto iba dedicada precisamente a Antonio Ramírez de Haro, reprochándole su actitud ¹³.

Además, publicó también un «cierto sumario en romance» de la *Apología*, para que tuviese una más amplia circulación. Los ejemplares de la edición italiana que llegaron a España fueron mandados recoger, a la espera del dictamen que una junta de teólogos y juristas reunida en Valladolid en 1550-1551 emitiese.

Los resultados de la junta de Valladolid, si bien con ambigüedades, fueron desfavorables a Sepúlveda, por cuanto no supusieron vía libre a la publicación de su diálogo ni a la circulación de la defensa del mismo.

Es más, Las Casas editó en Sevilla, sin licencia, en 1552, un opúsculo titulado *Aquí se contiene una disputa o controversia* que tuvo una gran circulación ¹⁴, en tanto que Sepúlveda contestaba con unas *Proposiciones temerosas y escandalosas* que, como su *Demócrates Alter* no verían la luz hasta el siglo XIX ¹⁵.

No iba a ser solamente la cuestión indiana la que amargara a Sepúlveda en estos años finales de la vida del Emperador. Parte del trabajo que había realizado en Italia, cuando trabajaba en la curia pontificia, también se estaba poniendo en entredicho.

Efectivamente, una de sus grandes empresas teológicas, la reforma del *Breviario Romano* que Clemente VII había encargado al cardenal Quiñones y que éste había transferido a Sepúlveda, quien contó con la colaboración de Diego de Neila, estaba siendo atacada con fuerza. La obra, realizada cuando todavía estaba en Italia Sepúlveda y concluida en 1535 ¹⁶ había tenido un éxito incontestable, pero en 1551 se estaban recibiendo en Trento memoriales contra las «peligrosas innovaciones» contenidas en él hasta el punto de que en 1568 llegará a ser prohibida por Pío V ¹⁷.

En definitiva, en los primeros años sesenta del siglo XVI, cuando Sepúlveda, de manera lógica debería de haber dado a las prensas la crónica del Emperador, que concluye con su espléndido retrato físico y su enjuiciamiento ético y político, es muy probable

¹³ «En efecto, no alcanzaba a comprender que tú, hombre prudente y obispo eminentísimo, te hayas dejado arrastrar por la ambición hasta el extremo de empeñar tu ingenio y sabiduría en fin tan bastardo», *Apología*, ed. cit., p. 193.

¹⁴ En opinión de LOSADA, A., *op. cit.*, p. 208.

¹⁵ LOSADA, A., *op. cit.*, p. 251. No fueron incluidas en las *Opera* de 1780 y las publicó Fabié en Madrid, en 1879.

¹⁶ *Breviarium Romanum. Ex Sacra Potissimum Scriptura et Probatis Sanctorum Historiis Constans*, Romae, Apud Antonium Bladum asulanum, anno domini MDXXXV.

¹⁷ PALAU Y DULCET, A., *Manual del librero hispanoamericano*, tomo XIV, Barcelona, 1962, consigna trece ediciones hasta la de Amberes de 1563. Las vicisitudes del Breviario en PASTOR, L., *Historia de los Papas*, Barcelona, 1953, XVI, pp. 26 y ss.

que tuviese presente las posibilidades que se abrían de levantar otra polvareda como la que había tenido que afrontar hacía poco tiempo.

No se le escapaba que sus posibles lectores no podrían ser imparciales a la hora de juzgar su trabajo, pues su polémica ya no con Las Casas sino con el propio Consejo Real no dejaría de constituir un prejuicio inevitable.

Además, Sepúlveda, que indudablemente había gozado de la amistad y confianza del Emperador hasta el fin de sus días —en 1557 se desplazaría hasta Yuste para verle por última vez— y que seguiría gozando del agradecimiento y cierta condescendencia por parte del nuevo monarca, su antiguo discípulo, era una persona mayor, de cerca de setenta años, e insegura de sus apoyos en la Corte. La vida le había enseñado que un personaje cortesano, y en cierta manera lo era un cronista¹⁸, tenía algunos amigos y muchos enemigos. En definitiva, como le decía Neila, era mejor dejar reposar el trabajo y esperar, aun a riesgo de que quedara inédito.

Ahora bien, ¿existe alguna opinión de Carlos V, de Felipe II o de algunos de los personajes de la Corte acerca del trabajo de Sepúlveda? El trabajo del cronista, desde luego, no era desconocido para muchos, aunque fuera fragmentariamente. Tengamos en cuenta que éste, a la manera de los escritores de la antigüedad y para avanzar en su obra, a veces daba a leer fragmentos de la misma a ciertas personas:

me pareció siempre una manera comodísima de indagar, y que suelo utilizar, enseñar lo que tengo escrito de primera mano a hombres de peso, expertos en latín, que conozcan los hechos y los planes,

escribe al cardenal Pole, rogándole que le corrija los nombres ingleses que había tenido que verter al latín en aquella parte de la crónica del Emperador en la que trataba del matrimonio de Felipe II con María Tudor¹⁹.

La respuesta tiene que ser absolutamente negativa. El Emperador conoció, sin duda, parte de la crónica que iba escribiendo su historiador, porque éste mismo nos lo dice en su obra, pero ni Carlos V ni, sobre todo, su hijo, que fue quien pudo ver el trabajo concluido, parece que tuviesen ningún interés especial en editar aquel trabajo.

Es verdad que A. Morel-Fatio, apoyándose en el libro de L. P. Gachard *Retraite et mort de Charles Quint au monastère de Yuste: Lettres inédites*, publicado en tres volúmenes en Bruselas en 1854 y 1855, escribió que Carlos V, desde Yuste, ordenó a Juan Vázquez de Molina que se diera a la imprenta la crónica de Sepúlveda, junto con lo

¹⁸ «The royal chronicler was therefore a court official first and a historian second» escribe KAGAN, R. L., «Clio and the crown: writing history in Habsburg Spain», KAGAN, R. L., and PARKER, G. (eds.), *Spain, Europe and the Atlantic World*, Cambridge, 1998, p. 76.

¹⁹ *Epistolarum libri septem*, Salmanticae, apud Ioanem Mariam da Terranova et Iacobum Archarium, anno MDLVII, lib. 6, epist. 93. Pero también hay que constatar que Sepúlveda se desesperaba al encontrar pocas personas que estuviesen en condiciones de comprender y valorar su trabajo, como escribió en la carta-prólogo a Diego de Neila, cit.

que hubiera escrito Florián de Ocampo²⁰. Pero la noticia es extraña en sí. ¿Cómo podía haber ordenado el Emperador en vida la edición de una crónica que no estaba concluida, porque no iba a estarlo hasta que se acabara su propia vida? ¿Se refería a una edición del trabajo acumulado por Sepúlveda hasta un momento determinado, como si los años pasados en Yuste considerara Carlos V que no merecían formar parte de sus *res gestae*? Es algo, cuando menos, problemático, ya que Sepúlveda nos refiere en su propia crónica que, al contrario, no parece que Carlos tuviese intención de dar a la opinión pública sus hazñas hasta después de muerto.

Efectivamente, en el capítulo XXXI del libro XXX de la crónica, el historiador nos cuenta cómo, en cierta ocasión, le dijo el Emperador: «en absoluto me es grato leer u oír lo que de mí se escribe; que lo lean otros, cuando haya muerto; tú, si quieres saber algo de mí, pregunta, que yo no me negaré a responderte». Es posible, desde luego, que Sepúlveda añadiese la anécdota a su obra para justificar su decisión de dejarla inédita, pero en principio no hay motivos especiales para dudar de la veracidad del cronista.

La verdad es, sin embargo, que tal noticia, real o supuesta, no se ha vuelto a comprobar jamás, pasando de cita bibliográfica en cita bibliográfica hasta la más reciente que conozco, que es la que da P. Burke en su trabajo «*Limage de Charles Quint: construction et interprétations*»²¹ en donde no cita su fuente, pero que es, sin duda, Morel-Fatio, aunque atribuyendo el supuesto encargo no a Juan Vázquez de Molina, sino a su hija doña Juana.

Nosotros hemos sido incapaces de dar con dicho documento, pero podemos asegurar que Sepúlveda en ningún momento se hace eco de él, ni en su epistolario ni en la parte final de la crónica, en donde recoge noticias que sobrepasan el propio tiempo de la muerte del Emperador, ni en ninguna otra parte, y nos parece muy extraño. Y ello es así porque sabemos que Sepúlveda continuaba retocando y limando la crónica del Emperador todavía en los años sesenta, sin que en absoluto haga alusión a la supuesta orden de edición.

No menos extraño es que Felipe II, cuyo preceptor había sido Sepúlveda y hacia el que siempre tuvo las máximas deferencias debidas a sus méritos y respeto ganado, pasara por sobre las intenciones de su padre y negara a su antiguo maestro la gloria de ver publicada su crónica. Y ello es tanto más extraño cuanto que parece ser que a fines del XVI o principios del XVII la casa real poseía una copia de la crónica de Sepúlveda, depositada allí por sus herederos²².

Sinceramente, creo que lo más sensato es pensar que Sepúlveda, temeroso de las reacciones que pudiera suscitar su trabajo, optara por seguir los consejos de su amigo

²⁰ MOREL-FATIO, A., *Historiographie de Charles Quint*, París, 1913, p. 70.

²¹ Trabajo contenido en BLOCKMANS, W.; BURKE, P.; CHECA, F.; PARKER, G., *et alii*, *Charles V 1500-1558. L'Empereur et son temps*, Anvers, 1999, p. 443.

²² Según afirma RODRIGUEZ PEREGRINA, E., en la introducción de la *Historia de Carlos V*, op. cit., pp. XCVIII-XCIX, citando la obra de SCHOTTO, A., *Hispaniae Bibliotheca*, Frankfurt, 1608. La historia de

Neila, teniendo a buen recaudo el manuscrito, toda vez que, al contrario del de la crónica de Mexía, también inédita, pero de la que circularon copias aprovechadas por cronistas posteriores, no hay referencias al trabajo de Sepúlveda en obras análogas posteriores.

El hecho es que durante el siglo XVII, la crónica de Carlos V escrita por Sepúlveda prácticamente «desapareció» y no fue hasta el último cuarto del siglo XVIII cuando volvió a emerger, más debido a la casualidad que a cualquier tipo de diligencia intelectual.

Efectivamente, en 1775, llegó casualmente a manos del paleógrafo del Consejo de Castilla, Juan A. Jiménez de Alfaro, un manuscrito de la crónica de Sepúlveda, el cual lo remitió a Floridablanca y éste a Carlos III quien encontró la obra digna de ser publicada, encargando la edición a la Real Academia de la Historia, que cumplió con su misión. Al tiempo que estaban ocupados en la labor, vino a las manos de uno de los académicos, Cerdá y Rico, otro manuscrito de la misma obra, de forma no menos casual. De manera que la crónica de Carlos V fue publicada, finalmente, en 1780, pudiendo trabajar sus editores con dos manuscritos²³, tras el cotejo de estos dos manuscritos.

Sepúlveda, nombrado cronista real

Se suele reparar poco en las circunstancias que hicieron que Sepúlveda llegara a cronista real. Parece como si el prestigio que tenía como latinista, helenista y experto en filosofía escolástica desde sus años de estudio en Bolonia explicaran, sin más, el nombramiento de cronista y preceptor del príncipe Felipe.

Nosotros creemos en cambio que, sin desechar su espléndida formación humanística, hay otras circunstancias que deben ser tenidas en cuenta porque llegarán a influir en la forma y el contenido de esta crónica. Y la primera de ellas es subrayar que Sepúlveda buscó el nombramiento no sólo para solventar su situación personal, haciéndose con un oficio honroso, sino política, pues hasta casi sus cuarenta años, las relaciones políticas que había tenido con Carlos V y su entorno no habían sido precisamente cordiales.

Los estudios sepulvedianos han reparado, como no podía ser de otro modo, en las reticencias del futuro cronista hacia la gran figura intelectual de Europa y, de alguna forma, «mentor intelectual» del Imperio que era Erasmo; han recogido las discusiones más o menos amistosas con los principales erasmistas españoles, pero han hablado muy poco de sus opiniones acerca de la figura de Carlos V, en estos primeros años de su reinado.

Conviene decir, sin embargo, que Sepúlveda no fue precisamente un hombre de Carlos V hasta después del Saco de Roma. Es más, Sepúlveda, desde su misma llegada

la recuperación de los manuscritos y los avatares de su publicación por los académicos de la Historia en 1780 pueden verse en las páginas sucesivas del trabajo de esta autora.

²³ Todos los avatares de los manuscritos sepulvedianos en Gil, L., «Una labor de equipo...», *op. cit.*

a Bolonia en 1515, cuando ya tenía unos veinticinco años, hasta 1529-1530, cuando se recompusieron las relaciones entre Carlos V y Clemente VII, estuvo bajo la protección y servicio de algunos de los más pertinaces opositores de la política imperial, como fueron el Papa y Alberto Pío, príncipe de Carpi, valedor de los intereses franceses en Roma hasta después del Saco.

Queda por dilucidar quién puso en contacto a Sepúlveda con estos personajes, toda vez que no he hallado trazas documentales en el archivo del colegio de san Clemente que prueben que alguno de ellos tuviese contacto con la institución. Pero no resulta desacertado pensar que la beca en san Clemente no fue aprovechada por Sepúlveda únicamente para adquirir una determinada formación, sino que la utilizó de trampolín para hacerse un hueco entre el mundo intelectual y nobiliario que, a la postre, era el que le podía ofrecer el necesario mecenazgo que necesitaba alguien como él, como así ocurrió. De este modo, la admiración que Sepúlveda demostrará siempre hacia su profesor Pietro Pomponazzi no hay que separarla de la relación que mantenía el famoso aristotélico con Alberto Pío, a cuyos dominios de Carpi se desplazaba con frecuencia y en donde, a partir de 1522, vemos en la documentación colegial que también acudía su discípulo Ginés de Sepúlveda ²⁴.

El hecho es que cuando en 1522, siendo todavía colegial, sale a la luz su primera traducción de una serie de opúsculos aristotélicos, agrupados bajo la denominación de *Parva Naturalia*, van dirigidos a Julio de Médicis, el futuro Clemente VII, y a Alberto Pío, príncipe de Carpi y que las traducciones aristotélicas que siguen desde 1523 a 1526, incluido algún diálogo y alguna diatriba contra los recientes escritos de Lutero van dirigidos bien a los papas Adriano VI y Clemente VII, bien a la aristocracia italiana, como los duques de Mantua o los de Sessa, o bien a su protector Alberto Pío. De esta época data la primera mención moderadamente laudatoria hacia Sepúlveda salida de la pluma de Erasmo —en su diálogo *Ciceronianus*, aunque le toma por portugués— a pesar de que sabía que se encontraba al servicio de algunos de sus mayores enemigos en Italia, contra los cuales, en parte, iba dirigida aquella obra.

En el crucial año de 1527, siempre al servicio de sus protectores, Clemente VII y Alberto Pío, y sin dejar de dedicarse a su trabajo de traductor, lo encontramos con los sitiados en Roma por las tropas imperiales e incluso es expulsado de sant Ángelo por los Orsini, tras la debacle de las tropas pontificias.

Fueron éstos, probablemente, los peores momentos de Sepúlveda ya que su protector, Alberto Pío, tuvo que tomar el camino del exilio francés, para no regresar, y Clemente VII se vio en la obligación perentoria de intentar un acercamiento al Emperador. Quería decir ello que él, que personalmente era súbdito de Carlos, se encontraba en una situación bastante comprometida ya que su fidelidad hacia su señor natural estaba puesta en entredicho al tiempo que sus protectores se estaban esfumando.

²⁴ PÉREZ MARTÍN, A., *Proles Aegidiana*, Bolonia, 1979, I, pp. 604-606.

Encontró, entonces, la protección del cardenal Cayetano, es decir, Tomás Vio, quien le llamó a Nápoles para colaborar con él en unos comentarios al Nuevo Testamento que traía entre manos, y ese fue el inicio de la recuperación del favor real.

Efectivamente, Cayetano intercedió por él ante Francisco de Quiñones, o fray Francisco de los Ángeles. Este personaje, general de los franciscanos, hijo de los condes de Luna y que merece una biografía moderna, toda vez que su papel político y diplomático durante las Comunidades y la guerra entre Francisco I y Carlos V hasta la paz de Cambray fue de primer orden, le tomó bajo su protección.

La capacidad política de Quiñones estaba fuera de toda duda. En 1526 ya Carlos V se había servido de él para intentar apartar al Papa de la Liga de Cognac. No tuvo éxito entonces, ni tampoco pudo impedir el Saco de Roma al año siguiente, pero Clemente VII, una vez abocado irremisiblemente a la reconciliación con el Emperador, le nombró cardenal y fue él quien llevó una parte sustancial de las conversaciones que culminaron con la reconciliación entre ambos personajes y, a la postre, a la Paz de Cambray o de las Damas de 1529.

Precisamente en este mismo año el cardenal Quiñones asumía el cargo de protector del colegio de san Clemente, que le pertenecía estatutariamente, cargo que desempeñará hasta su muerte en 1540. No es extraño, entonces, que pudiese atender a las recomendaciones de Cayetano, ya que quien tomaba bajo su protección no era solamente un reputado intelectual, respetado y protegido en la Corte papal, sino también a un antiguo colegial albornociano. De ambas condiciones que concurrían en Sepúlveda se servirá el cardenal posteriormente.

Pero no menos iba a servirse Sepúlveda de Quiñones, al entrar al servicio precisamente de alguien que contaba con todo el favor y la confianza de Carlos V, justo lo que necesitaba en aquellos momentos.

Efectivamente, Sepúlveda y su amigo y también antiguo colegial Diego de Neila serán quienes lleven a cabo, a partir de 1530 y hasta 1535, la reforma del *Breviario Romano* confiada por el papa a Quiñones, a la que hemos aludido más arriba. Entre tanto, iba gestándose el acercamiento de Sepúlveda a Carlos V.

Sepúlveda acudió con su nuevo protector a Génova a recibir al Emperador cuando desembarcó en aquella ciudad en agosto de 1529, pero no creemos que se produjera fácilmente el acercamiento entre vasallo y señor. Con toda probabilidad las relaciones eran todavía distantes en los días de la coronación de Bolonia, en febrero de 1530, toda vez que, casi inexplicablemente desde la óptica actual, Sepúlveda pasa prácticamente por encima de un evento que encontró la máxima repercusión en Italia y fuera de ella, llevado a cabo, además, en una ciudad que era como la suya propia por sus muchos años de colegial albornociano.

Sepúlveda publicaría entonces una obra de circunstancias dirigida a Carlos, la *Cohortatio ad Carolum V*, típico alegato a favor del cese de las guerras entre cristianos y de la necesidad de guerrear contra los turcos —no olvidemos que el turco estaba sitiando

Viena— y que, por cierto, también era un alegato nada disimulado contra el pacifismo erasmista.

Al tiempo que el Emperador solucionaba sus asuntos en Flandes y en el Imperio, Sepúlveda iba trabajando para obtener la reconciliación definitiva; de 1531 es su obra *De ritu nuptiarum et dispensatione*, dedicada a Quiñones y alusiva a la espinosa cuestión del divorcio de Enrique VIII; muy posiblemente se entrevistó con Carlos cuando éste desde fines de 1532 hasta los primeros meses de 1533 estuvo en Bolonia, en su camino de regreso a España, pero nada seguro hay de ello.

Las circunstancias externas iban a hacer, de nuevo, que la vida de Sepúlveda tomase un nuevo rumbo. En 1534 falleció Clemente VII.

A pesar de haber seguido al lado de Clemente VII en su labor de traductor y comentarista de Aristóteles, Sepúlveda mostraba desde hacía tiempo un claro deseo de encontrar un acomodo en España. De hecho, en 1530, y a través de su protector, ya había sido nombrado racionero en la catedral cordobesa, aunque no se trasladase a aquella ciudad.

En 1534, la muerte del Papa, su amigo y protector, precipitó la situación, puesto que pocos lazos le iban quedando ya en una Italia que veía desaparecer aquella generación que había acogido unos veinte años antes al brillante colegial de san Clemente.

Los acontecimientos políticos ayudaron a las expectativas de Sepúlveda. Efectivamente, la gran victoria carolina en Túnez, en 1535, le iba a brindar la ocasión que esperaba y el futuro cronista subiría el último peldaño hacia la total reconciliación con el Emperador.

Cuando Carlos V llegó triunfalmente a Italia en el otoño de 1535 se encontró con una nueva obra de Sepúlveda, *De bello Africo*, que se venía a unir así al inmenso aparato propagandístico puesto en marcha desde el poder y que todavía podemos contemplar, en algunas de sus manifestaciones artísticas, como la espléndida colección de tapices encargada para la ocasión ²⁵.

En abril de 1536, al tiempo que Carlos V, desde Roma, trinaba contra la duplicidad francesa, que volvía a reclamar Milán, muerto el duque, y la exasperante neutralidad del pontificado, Juan Ginés de Sepúlveda era nombrado cronista real, con un sueldo de 80.000 maravedís anuales ²⁶.

En carta a Juan Mateo Giberti, obispo de Verona, fechada en junio de 1536 escribe gozoso, aunque aparentando fingida sorpresa y humildad por su tan buscado nombramiento. Le contaba al prelado que, al llegar el Emperador a Roma,

²⁵ Sepúlveda resumió posteriormente *De bello Africo* en su crónica de Carlos V, pero no se perdió la obra original, conservada en copia manuscrita sacada por Nicolás Antonio en la Biblioteca Nacional. El propio Garcilaso de la Vega escribió una oda en latín en la que ensalzaba a Sepúlveda, véase RODRÍGUEZ PEREGRINA, E., *op. cit.*, I, p. XXXIII. Para la recepción en Italia de Carlos V, véase FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, M., *Carlos V, el César y el Hombre*, Madrid, 1999, pp. 512 y ss.

²⁶ LOSADA, A., «Un cronista olvidado...», *cit.*, p. 236.

había sido incluido en la lista de sus servidores para que le siguiera y se me ordenó que no le abandonara, dadas las características del negocio, para que escribiera sus hazañas y las llevadas a cabo bajo su mando, y esto no porque Carlos sea ambicioso, porque es indiferente a los honores, sino según costumbre de sus antepasados, pues les es apropiado a los reyes de España tener hombres instruidos que escriban de forma fiel y diligente la historia de su tiempo ²⁷

Ahora bien, Sepúlveda no seguiría inmediatamente a Carlos V. En verano de 1536, al tiempo que se desarrollaba la campaña de Provenza, Sepúlveda permanecía todavía en Italia, llevando a cabo una reforma de los estatutos del colegio de san Clemente por orden del cardenal Quiñones. Debíó unirse a la comitiva imperial en septiembre de aquel mismo año y con sus efectivos desembarcó en tierras catalanas en diciembre de 1536, siguiendo luego a la Corte en donde, además, le esperaba el trabajo de preceptor del príncipe Felipe ²⁸.

Como vemos, pues, el nombramiento de Ginés de Sepúlveda como cronista no fue ni fácil ni estuvo exento de reticencias por parte de Carlos V. Sepúlveda, por otro lado, no era un hombre joven cuando se inició en su oficio de cronista real: tenía unos cuarenta y siete años, y esto es importante destacarlo ya que el oficio de historiador siempre será en él algo añadido a su auténtica vocación, que él consideraba que era la de traductor y comentarista de Aristóteles; en 1540 escribía desde Madrid a la marquesa de Zenete que sus trabajos aristotélicos eran más importantes —«severiores»— que los de historiador que tenía encomendados, a pesar de lo cual estaba contento con su oficio ²⁹, opinión que sustentaba todavía al año siguiente en carta a Gaspar Contarini:

Sic enim cum magna mea voluptate frugor officio cui me Carolus non ambitiose sed more maiorum, suas et gentis nostrae res gestas monumentis mandandi praefecit ³⁰.

No obstante, que Sepúlveda seguía considerando «severiores» las disciplinas filosóficas es evidente a partir de la observación de su propio trabajo. Mientras que la

²⁷ *Epistolarum...*, op. cit., lib. I, epist. XI. Traducción nuestra. Conviene decir aquí que las Cortes de Castilla desde 1523 venían urgiendo a la corona para que se recopilaran las crónicas del reino y se diesen a la imprenta —siguiendo, en cierta manera, la labor de don Lorenzo Galíndez de Carvajal— las crónicas medievales al tiempo que se continuara la escritura de la historia por parte de cronistas reales. Carlos V, con el nombramiento de Sepúlveda como cronista en 1536 no hacía otra cosa, pues, que atender a las peticiones del reino, como lo hará en 1539, también tras recordatorio por parte de las Cortes, al nombrar a Florián de Ocampo, véase KAGAN, R. L., «Clio and the crown...», cit., p. 77.

²⁸ Llegado a Barcelona en la escuadra de Alvaro de Bazán, Sepúlveda pensaba dirigirse por mar a Valencia y, desde allí, a Valladolid, pero la flota no iba a recalcar en Valencia, con lo cual tuvo que hacer el camino por tierra, dirigiéndose a Tortosa, en donde pasó el Ebro, según consta en el cap. XXX del libro XV de la primera parte de su crónica del Emperador.

²⁹ *Epistolarum...*, op. cit., lib. II, epist. XXXII.

³⁰ *Epistolarum...*, op. cit., lib. II, epist. XXXI: «Así pues, con gran placer mio disfruto del oficio al frente del cual me puso Carlos, no por su ambición, sino según las costumbres de sus antecesores de escribir sus hazañas y las de nuestras gentes».

historia del Emperador iba progresando lentamente, seguía dando a la imprenta otros tratados, como el *Teophilus*, sobre los crímenes ocultos, en 1538, o su traducción y comentario de la *Política* de Aristóteles en 1548, ya en plena época de su polémica con Bartolomé de Las Casas, o el *Demócrates Alter* y su *Apología*, a los que nos hemos referido más arriba, y otras muchas hasta el final de su vida, cuando en 1571, dos años antes de morir, publicó *De regno et regis officio*.

Pero que Sepúlveda fue un trabajador infatigable también nos lo confirma su labor de historiador. Además de completar su crónica del Emperador, escribió otra sobre el Nuevo Mundo, *De rebus hispanorum gestis ad Novum Orbem Mexicumque*, en siete libros y la incompleta *De rebus gestis Philippi II*, en tres, iniciada hacia 1560, tras concluir la historia de Carlos V y que solamente abarca los ocho primeros años del reinado del monarca ³¹.

En cualquier caso, es conveniente ahora examinar los resultados de su oficio de historiador, centrándonos en la crónica del Emperador.

La historiografía de Juan Ginés de Sepúlveda

Cuando Sepúlveda llegó a España atracaba a unas tierras en las que la cronística había tenido un gran desarrollo. Los cronistas de los últimos Trastámara, y singularmente los de los Reyes Católicos, habían construido un edificio historiográfico de primera magnitud de cuya utilidad todavía somos deudores los historiadores actuales y que no dejó de ser valorada por aquellos monarcas, tan cuidadosos de presentar una imagen externa acorde con sus planteamientos políticos ³².

Sin embargo, la cronística hispana, y fundamentalmente la castellana, había utilizado la lengua vulgar de forma mayoritaria. De todos los grandes cronistas de la época de Enrique IV y los Reyes Católicos, quizá el único en utilizar ampliamente el latín había sido Alonso de Palencia.

La escritura de la historia en latín, sin embargo, no era una cuestión idiomática, sino política y de contenido. Era una cuestión política porque los soberanos de la Europa del Renacimiento, empeñados la mayoría de ellos en proyectos de afianzamiento de su poder personal bastante traumáticos, echaron mano con frecuencia de algunos humanistas para que presentaran al público convenientemente sus proyectos imitando a los historiadores clásicos, presentándose como nuevos Alejandro o Césares; lo era, igualmente, porque la historiografía escrita en latín no sólo daba prestigio a quien la encargaba, sino que adquiría una mayor circulación potencial al estar redactada en la lengua de

³¹ Ahora disponible en edición bilingüe, GINÉS DE SEPÚLVEDA, J., *Obras Completas*, IV, *Historia de Felipe II*, ed. POZUELO CALERO, B., estudio histórico FORTEA PÉREZ, J. I., Pozoblanco, 1998.

³² TATE, R. B., *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, 1970, especialmente «Nebrija historiador» y «La historiografía en la España del siglo XV».

la alta cultura por excelencia, comprendida y aun hablada por las élites de entonces, a quien iban dirigidas fundamentalmente estas obras.

El cronista también se comprometía políticamente, porque el resultado de su obra iba a ser tanto más brillante cuanto más lo fueran las *res gestae* del héroe al servicio del cual escribía, produciéndose, entonces, una identificación necesaria entre monarca y servidor, embarcados ambos en una misma empresa. El propio Sepúlveda así lo expresaba en su *Epistolario*:

Yo acepté (el nombramiento de cronista) muy gustosamente porque sabía que no me ocurriría lo que a ciertos escritores, a quienes la insignificancia de los hechos hicieron pobres de recursos o la cobardía del Príncipe, cuya gloria deseaba, o la deformidad de sus costumbres, no me iban a tener que hacer mentiroso ni adulator ³³.

Era un tópico, pero no deja Sepúlveda de indicar cuál era la opinión común que se tenía de un cronista al servicio de un monarca.

Ahora bien ¿es que todas estas relaciones entre monarca y cronista no podían producirse independientemente de la lengua en la que estuviera escrita la crónica?, ¿es que los cronistas de los Reyes Católicos, que mayoritariamente escribieron en castellano, no se adaptaban a lo expresado por Sepúlveda? Creemos que la respuesta tiene que ser muy matizada, si estamos hablando de historiografía escrita *more humanistico*.

Imitar a los antiguos no era, simplemente, narrar a la manera tradicional, con un latín más o menos depurado, lo cual no había dejado de hacerse nunca. Significaba, en cambio, planear y conformar el relato histórico de acuerdo con los principios metodológicos utilizados por los grandes mentores griegos y latinos, y especialmente estos últimos. En otras palabras, significaba «reutilizar» el concepto de historia que habían tenido los clásicos y adaptar a él su trabajo contemporáneo. Sepúlveda, desde luego, no dudaba un ápice de que así debía de ser su trabajo y escribió ateniéndose al pie de la letra a esta idea.

Los historiadores clásicos no sólo proporcionaban los recursos estilísticos más adecuados para hacer del amasijo de noticias recogidas un relato claro y convincente, sino que también marcaban las pautas de qué debía ser recogido y qué podía ser desechado o preterido en orden a la eficacia y veracidad de dicho relato, pues no todos los acontecimientos estaban en un mismo plano de importancia. En definitiva, el cronista que imitaba a los autores clásicos debía, como ellos, seleccionar aquel material que creyera más oportuno en orden al resultado final, que era la ejemplaridad, el convencimiento del lector, pues la historia no dejaba de ser una parte de la retórica y, como tal, seguía las normas de la *eloquentia*. Sólo así se comprende el principio, tan manido pero tan aceptado, de que era *magistra vitae*. Todo ello, desde luego, teniendo especial cuidado

³³ *Epistolarum...*, op. cit., lib. I, epist. XI (traducción nuestra).

de lo indicado por Cicerón en el *De Oratore*, citado puntualmente por Sepúlveda, «de no decir nada falso ni dejar de decir nada verdadero»³⁴.

Quería todo ello decir que el historiador humanista era, ciertamente, sumamente libre a la hora de seleccionar sus materiales y a la hora de darles el tratamiento adecuado, pues la variedad, la amenidad, el contraste, etc., eran recursos absolutamente legítimos en orden a procurar una mayor eficacia del resultado final. Lo habían hecho los clásicos y Sepúlveda también lo hará con frecuencia, vertiendo en estilo directo, incluso en forma de extraordinarios discursos y arengas, noticias recogidas de otros autores, de la documentación cancilleresca o de otro tipo, u oídas de testigos presenciales.

Pero también es cierto que esta misma libertad, que implicaba selección, marcaba políticamente al autor por el mismo hecho de aprovechar unas noticias y desechar otras, lo cual le hacía sumamente vulnerable. ¿Es que no resulta sorprendente, por ejemplo, que Sepúlveda no dedique ni una sola línea a las Germanías cuando es el cronista que más espacio concede a las Comunidades? Es sorprendente para nosotros pero, seguramente, también lo fue para quienes pudieron leer su manuscrito.

Por otra parte, aceptar el magisterio de los clásicos significaba aceptar, igualmente, una concepción de la naturaleza humana más o menos inmutable a lo largo de los tiempos, que se habría movido respondiendo a los mismos estímulos con reacciones parecidas. Quería ello decir, entre otras cosas, que desaparecía, o era más difícil de encajar, la teleología cristiana de la historia, el finalismo y aun el providencialismo del que tan marcada estaba la historia escrita en vulgar, y singularmente las grandes crónicas castellanas. Sepúlveda es poquísimo «providencialista» a la hora de tratar la figura de Carlos V.

Siendo las cosas así, en cierta manera, de cualquier episodio histórico contemporáneo podía encontrarse un precedente narrado por algún historiador antiguo. «Quien quiera ver cuáles sean los pensamientos de los tiranos que lea a Cornelio Tácito, cuando refiere las últimas conversaciones que tuvo Augusto, moribundo, con Tiberio», escribió Guicciardini³⁵. A primera vista podría parecer que ello facilitaba la labor al historiador humanista, pero la situación era más compleja.

Vayamos al episodio de las Comunidades según lo cuenta Sepúlveda. Es obvio que el cronista no simpatizaba con los comuneros. Pero, al revés que, por ejemplo, Pedro Mexía, que puede escribir que fueron *obra del demonio*³⁶, para Sepúlveda fue un episodio lamentable, sin duda, pero que se inscribía en las lógicas tensiones sociales que se venían produciendo desde los tiempos más antiguos. Por ello tuvo que explicar sus causas y desarrollo, como lo hubiesen hecho Livio, Salustio o Tácito, atendiendo a los aspectos políticos, fiscales, sociales y del carácter íntimo de sus protagonistas, resultando final-

³⁴ *Epistolarum...*, op. cit., lib. 6, epist. 93. La carta va dirigida a Reginald Pole y está escrita desde Córdoba el 1 de octubre de 1555.

³⁵ GUICCIARDINI, F., *Ricordi*, Milano, 1951, serie seconda, núm. 13 (traducción nuestra).

³⁶ MEXÍA, P., *Historia del emperador Carlos V*, ed. MATA CARRIAZO, J. de, Madrid, 1945, p. 123.

mente, como no podía ser de otro modo, una visión mucho menos complaciente con los intereses imperiales de lo que, a primera vista, podría hacer suponer su condición de cronista real.

Por lo tanto, la historiografía escrita en latín y de acuerdo con los principios humanistas no era simplemente la traducción de una crónica escrita en vulgar. Implicaba un grado de «subjetivismo» mucho mayor en el autor, por cuanto éste le venía impuesto, en gran manera, por el seguimiento de la propia metodología clásica, al margen de sus preferencias personales, sin que ello quiera decir, desde luego, que éstas no pudieran encontrar lugar en sus páginas.

Incluso la utilización del vocabulario era problemática. ¿Cómo llamar a los comuneros o a los realistas en latín, o a las armas de fuego y la artillería? El historiador humanista podía acudir a los neologismos, y Sepúlveda acudirá inevitablemente a ellos, pero si era posible, lo correcto era buscar los nombres utilizados por los antiguos maestros en situaciones análogas, cuando hablaron de los bandos o facciones que habían actuado, por ejemplo, durante las guerras civiles del final de la República Romana, y así vemos como utiliza términos como «populares», «tumultuantes» y otros, en tanto que los imperiales son casi siempre «los nuestros».

Del mismo modo, es posible que los escasos y poco entusiastas lectores del manuscrito de Sepúlveda echaran en falta algunos acontecimientos en tanto que se sintieran cansados por las prolijas narraciones bélicas, topográficas, digresiones etimológicas, descripción de la psicología de los protagonistas y otros procedimientos que el cronista no hacía más que tomar de sus mentores antiguos. No menos sorprendidos debieron mostrarse al comprobar que, al contrario de lo que sucedía en las crónicas escritas en vulgar, la coherencia temática se superponía, frecuentemente, a la coherencia cronológica, estructurando, a veces, la narración en pequeñas monografías, que obligaban al lector a volver hacia atrás en el tiempo al término de las mismas.

En resumen, la historiografía humanística tenía unas características propias³⁷ que en absoluto se correspondían automáticamente con las usuales en la cronística bajomedieval, continuada en la época de los Reyes Católicos y Carlos V por sus cronistas en castellano.

Habría que preguntarse ahora por qué la historiografía humanística tuvo tan poco éxito en España, a pesar de cierto apoyo recibido ya desde la época de los Reyes Católicos. Ello nos desviaría notablemente del tema de esta exposición. Razones de índole idiomática y de formación de las élites tendrían que ser aducidas, desde luego; determinados gustos y valores de estas últimas, desde luego, así como la excelencia de los cronistas y biógrafos de finales del xv, con Pérez de Guzmán, Hernando del Pulgar, Diego de Valera y algún otro a la cabeza.

³⁷ Excelentemente expuestas en GILBERT, F., *Machiavelli e Guicciardini. Pensiero politico e storiografia a Firenze nel Cinquecento*, Torino, 1970.

Sin duda ninguna, el elevado grado de artificiosidad que suponía inevitablemente la historia contemporánea escrita en latín, precisamente cuando en el siglo XVI se consolidaban los vulgares como lenguas de cultura, como lo muestran las acaloradas disputas de la época³⁸, no es tampoco un elemento que debamos desdeñar. Ni siquiera en Italia la escritura de la historia humanística en latín tenía la partida ganada, ni mucho menos. No olvidemos que dos de los grandes historiadores de esta época, Machiavelli y Guicciardini, acudieron al vulgar a la hora de escribir historia.

Por lo tanto, la empresa de Sepúlveda no dejaba de estar algo anticuada desde sus inicios. Y no sólo por las razones de incultura, como aduce él en su carta-prólogo a Neila, que también era cierto, sino porque iba a contracorriente de los tiempos.

Pero en España, efectivamente, la labor era más difícil. De todos es sabido que los Reyes Católicos tuvieron que «importar» cerebros italianos para que escribieran «historia moderna» en latín desde comienzos de su reinado. De Roma había traído el conde de Tendilla, en 1487, a Pedro Mártir de Anglería y de Sicilia llegó Lucio Marineo Sículo, en principio para que escribiese en latín las laudes de los reyes aragoneses.

Ni siquiera el intento de Fernando el Católico de «nacionalizar» la historia humanística a través del eximio Antonio de Nebrija pudo cuajar. Es muy significativo que en 1509, en la «*Divinatio in scribendam historiam*» que puso al frente de sus *Decadas*, dedicadas a Fernando el Católico, tuviese que escribir estas palabras:

Pero si entre nosotros no se hallan fácilmente varones de esta clase, opino que habría que haber ido a Italia, para hacer venir a un Angel Policiano, a un Pico de la Mirándola, a un Hermolao Bárbaro o, de los que todavía viven, a un Antonio Flaminio, o a un Aldo Romano³⁹.

Nebrija, como Sepúlveda, tampoco vio publicadas sus obras históricas que, por otra parte, no dejaban de ser más una traducción de otras obras escritas previamente en vulgar que una auténtica creación propia⁴⁰. Cuando Sepúlveda fue nombrado cronista real para que escribiera las gestas de Carlos V, lo fue para que continuase o, por mejor decir, reiniciase una empresa verdaderamente moribunda. Habían muerto Nebrija y los dos humanistas italianos, y él debía recoger aquella antorcha semiapagada.

¿Estaba preparado para la misión que se le había encomendado? La respuesta tiene que ser que tan sólo muy superficialmente. Él mismo, todavía en 1555, reconocería que estaba peor preparado para escribir historia que para cultivar algunas otras disciplinas en las que había sido iniciado desde su infancia⁴¹.

³⁸ YNDURAIN, D., *Humanismo y Renacimiento en España*, Madrid, 1994, pp. 494-497; MARAVALL, J. A., *Antiguos y Modernos*, Madrid, 1986, pp. 400 y ss.

³⁹ HINOJO ANDRÉS, G., *Obras históricas de Nebrija. Estudio filológico*, Salamanca, 1992, p. 127.

⁴⁰ HINOJO ANDRÉS, G., *op. cit.*, pp. 37-38. Las *Decades* eran una versión de la crónica de Hernando del Pulgar, en tanto que el *Bellum Navariense* lo era de *La Conquista del Reyno de Navarra* de Luis Correa.

⁴¹ *Epistolarum...*, *op. cit.*, lib. 6, epist. 93.

Desde luego, con anterioridad a su nombramiento tan sólo había escrito dos obras que podamos calificar de alguna manera como de historia: *De vita et rebus gestis Aegidii Albornotii Cardinalis* y la *Descriptio Collegii Hispanorum Bononiensis*. En la primera de ellas, no hace más que copiar una biografía anterior escrita por un colegial, Antonio de Vivar, quien, ante sus deficiencias, tuvo que valerse de los servicios del humanista boloñés Giovanni Garzoni, precisamente por ser incapaz de escribir, por sí solo, una biografía *humanistico more* ⁴².

Sin embargo, tenemos abundantes referencias, tanto en su epistolario como en las páginas de la propia crónica del Emperador, de que Sepúlveda no se sentía incapaz de poder llevar a cabo su oficio, toda vez que lo que sí dominaba era la erudición clásica y que compartía punto por punto la concepción historiográfica humanística.

De este modo, indica sus mentores en lo que a metodología y organización del relato se refiere. En primer lugar, Cicerón, quien en *De Oratore* había señalado la claridad como principio fundamental, lo cual suponía conocer los hechos y los planes y exponer los motivos de su realización. En segundo lugar, los que él consideraba los máximos maestros de la historiografía latina, Livio y Salustio. En tercer lugar, dos autores menores, pero de interés particular para el caso: Trogo Pompeyo, quien en su *Epitome Historiarum Philippicarum* se refería a Hispania, y Quinto Curcio, cuyas *Historiae Alexandri Magni* le venían muy bien para comparar a Carlos con el héroe de la antigüedad.

Después de los clásicos, los modernos. Éstos eran utilizados de forma distinta, no tanto con fines metodológicos o expositivos, cuanto para recabar noticias. Así, Paulo Jovio, para informarse sobre los turcos; Sleiden, para los asuntos del Imperio; Galeatio Capella, para los milaneses; Luis de Ávila, Pedro de Salazar o Alfonso de Ulloa, entre otros, para los italianos y africanos, etc.

Junto a las obras escritas, los testimonios orales de los contemporáneos y la documentación que le hacían llegar por orden del propio Carlos, sus jefes militares o sus servidores, no desdendiendo tampoco la información oral. Es este sentido son significativas las palabras escritas en 1555 a Reginald Pole, en donde le hace saber que las cartas que desde Inglaterra Felipe envía a su hermana Juana le son hechas llegar puntualmente, para que pueda trabajar ⁴³, o cuando nos dice que fue el propio Antonio de Fonseca quien le narró el incendio de Medina del Campo durante las Comunidades.

Conviene señalar aquí una característica que Sepúlveda creía que era consustancial con la de ser cronista real pero que le costaba mucho cumplir, cual era la de seguir al Emperador allá donde fuese. No pocas veces se excusa de no estar presente en los escenarios de los acontecimientos —aduciendo, con razón, que ello no es marchamo de imparcialidad, ya que dos testigos presenciales podían contar una misma acción de modo diferente— y que él solucionó mediante un criado, llamado Pedro Martín, al

⁴² DONADO VARA, J., «Algunas noticias acerca de la "Vita Aegidii" y sus autores», *Studia Albornotiana*, XXXV, IV, 1979, p. 371.

⁴³ *Epistolarum...*, op. cit., lib. 6, epist. 93.

que enviaba en pos de los acontecimientos. Por ejemplo, él será quien, desplazado a la campaña de Argel, le informe pormenorizadamente ⁴⁴.

De Rebus Gestis Caroli Quinti Imperatoris et Regis Hispaniae

La crónica de Sepúlveda fue escrita a lo largo de unos treinta años, desde 1536-1537 en que fue nombrado cronista y, como tal, regresó a España, hasta entrados los años sesenta en que sabemos que iba retocando constantemente la historia del Emperador, al tiempo que iba escribiendo la de su hijo, que no llegaría a concluir, y muchos otros trabajos de diversa índole.

Quiere ello decir que no fue ésta la única labor a la que se entregó el humanista cordobés durante tan largo espacio de tiempo. Significa, igualmente, que su estado de ánimo y la consideración que le merecía su trabajo fue variando a lo largo de tan dilatado intervalo cronológico, perfectamente constatable a través de su correspondencia, pasando de el lógico orgullo con el que hacía saber a sus correspondientes su nombramiento de cronista a épocas de gran escepticismo y aun de desánimo que le venía provocado no sólo por las dificultades de escribir historia sin tener una preparación específica, como reconoce él mismo, en la citada carta a Reginald Pole, sino por lo expuesto a las críticas que estaba y por las dificultades en hacerse con información fiable y contrastada. A todo ello habría que añadir la decepción causada a Sepúlveda en la década de 1540-1550 por la propia Corte que no le arropó convenientemente en sus disputas con Las Casas, prohibiéndole incluso la publicación de alguno de sus alegatos, como hemos visto. No es extraño que en 1552 escribiera que, si pudiera hacerlo sin menoscabo de su hacienda, dejaría el trabajo:

Hace tiempo que ignoro lo que hace el emperador Carlos, lo que hace su hermano Fernando, qué anda tramando Enrique, rey de Francia, el cual, agitado por las furias milanesas no puede tener reposo. Y ciertamente, no trataría de saberlo, si pudiera hacerlo conservando mi oficio ⁴⁵.

Más tarde, en cambio, una vez concluida la crónica del Emperador, su tono vital y su juicio sobre el oficio que venía desempeñando se elevarán considerablemente, pero dejando caer siempre gruesas gotas no ya de estoicismo, sino de escepticismo.

Sepúlveda no escribió su crónica correlativamente, desde el principio al final, sino que iba trabajando según le llegase la información o según cual fuese el carácter de ésta. Si podía basarse en trabajos publicados o inéditos, o en documentación puesta a su disposición, su tranquilidad era mayor, pero muchas veces, cuando se trataba de

⁴⁴ *Epistolarum...*, op. cit., lib. 4, epist. 54 y 55, al cardenal Tavera, s. f.

⁴⁵ *Epistolarum...*, op. cit., lib. 4, epist. 64, escrita el 14 de febrero de 1552 a Luis de Carvajal, provincial de los franciscanos de Andalucía.

informaciones orales o de testigos de vista, y hay mucho de esto en su trabajo, tenía que aprovechar la ocasión y trabajar más apretadamente. Con todo, le gustaba hacer reposar la información recibida y contrastarla,

porque alguna vez a quienes escriben algo que no debe silenciarse y escudriñan con cuidado cosas en las cuales se fijan cuidadosamente les salen al paso aspectos que no les vienen en mente a los informantes o narradores ⁴⁶.

El cronista, por otra parte, no se acostumbró jamás a la vida cortesana, a la que estaba obligado por su cargo. Son innumerables las licencias solicitadas, y generalmente concedidas, para poder retirarse a sus lares cordobeses, en donde la paz y la tranquilidad habrían de reportar una calidad a su trabajo que difícilmente iba a encontrar en los entornos imperiales, aunque la información le llegase más dificultosamente. Ya en el momento en que fue nombrado cronista escribió al obispo de Verona que no sabía cómo iba a poder trabajar en los campamentos del Emperador *inter tormentorum trinitua clangoresque tubarum* ⁴⁷. A medida que avanzaba el tiempo, se procuró los servicios de algunas personas, como su criado Pedro Martín, quienes seguían a Carlos V o a sus tropas y le mandaban puntual información; este personaje, por ejemplo, fue quien acudió a la campaña de Argel de 1541, desde donde fue remitiendo las noticias a su amo ⁴⁸.

Breve descripción del contenido

La crónica de Carlos V, tal como fue ordenada por sus editores, los académicos dieciochescos, está dividida en dos volúmenes, cada uno de los cuales consta de 15 libros, divididos, a su vez, en capítulos, aunque éstos no siempre en igual número dentro de cada libro.

El primer volumen cubre la época que va desde la muerte de Fernando el Católico hasta la de Erasmo, es decir, desde 1516 hasta 1536, el año en que fue nombrado cronista el propio Sepúlveda. El primer libro, no obstante, está constituido por una descripción geográfica de Hispania y un breve resumen de su historia, desde los primeros pobladores hasta las circunstancias que llevaron a Juana la Loca a convertirse en herejera ⁴⁹.

⁴⁶ *Epistolarum...*, op. cit., lib. 6, epist. 93.

⁴⁷ *Epistolarum...*, op. cit., lib. 1, epist. XI.

⁴⁸ *Epistolarum...*, op. cit., lib. 4, epist. 54 y 55, escritas al cardenal Tavera.

⁴⁹ En donde, por cierto, Sepúlveda no sólo se une a la historiografía hispana medieval de rechazo a la primacía del Imperio, sino que tampoco se suma al providencialismo de la sucesión carolina, tan cara no sólo a Mexía, sino incluso a Sandoval. Véase CUART MONER, B., «Los romanos, los godos y los Reyes Católicos a mitades del siglo XVI: Juan Ginés de Sepúlveda y su *De Rebus Gestis Caroli Quinti Imperatoris et Regis Hispaniae*», *Studia Historica. Historia Moderna*, 10-11 (1992-93).

A excepción de los libros II y III, dedicados casi exclusivamente a los antecedentes y desarrollo de las Comunidades, toda la obra está dedicada casi exclusivamente a narrar la política extra-hispana de Carlos V. De hecho, los inicios de los enfrentamientos con Francisco I, con los que se abre el libro IV, serán el hilo conductor de toda la obra, que atiende, lógicamente, a las relaciones con el Papa, Inglaterra, el Imperio o Turquía, hasta el libro IX que nos lleva a la firma de la paz de Cambray, la coronación en Bolonia y los sucesos inmediatamente posteriores.

El lector puede quedar sorprendido, ciertamente, de la «selección» de acontecimientos realizada por Sepúlveda, en donde no sólo es clamoroso su silencio de acontecimientos referidos a los reinos españoles —no hay una palabra sobre las Germanías, por ejemplo—, sino de otros muchos en los que el autor había participado de forma notable, como la coronación de 1530 en Bolonia o la propia reforma de Lutero, que sólo es tratada muy de pasada, aun cuando el cronista había escrito ya alguna obra en contra del heresiarca.

No olvidemos, no obstante, que Sepúlveda fue nombrado cronista después de todos estos acontecimientos y que, por lo tanto, no tenía prevista la reunión de materiales, sino que tuvo que informarse posteriormente de todo ello.

A partir del libro X y hasta el libro XIII, la acción se traslada hacia el norte de Europa y a la lucha contra Turquía en el Mediterráneo: la presencia de los turcos en Hungría, la Dieta de Augsburgo de 1530, los fracasos de Andrea Doria y la conquista de Túnez ocupan la mayor parte del contenido de estas páginas, lo cual no es extraño, toda vez que aquí resumió Sepúlveda su libro *De bello Africo*, como hemos señalado. No faltan, desde luego, referencias a otras cuestiones, tanto tocantes a la gobernación de los reinos de España, muy pocas, como a las relaciones con Francisco I, los príncipes italianos, Inglaterra o el Imperio, pero son mucho más escasas.

Los libros XIV y XV tratan muy especialmente de la situación en Italia y la nueva guerra con Francia que concluirá en las Treguas de Niza de 1536, siendo el último capítulo el que está destinado a la muerte de Erasmo, acerca del cual el juicio de Sepúlveda es de cierto reconocimiento y mucha cautela:

Yo mismo se lo dije en la «Antopología pro Alberto Pio», y le advertí amigablemente por carta que definiera las ambigüedades de sus escritos, aclarara las cosas dudosas y oscuras y con toda razón cuidara de sí y de sus libros y echase cuenta de la posteridad, casi adivinando que ocurriría lo que ocurrió, que muerto él la enseñanza de sus libros sería prohibida por los vigilantes de la fe católica. Pues los papas le respetaban mientras vivía, no porque aprobaran sus ideas o escritos, sino porque, ofendiéndole, no se apartara de ellos y de la Iglesia Católica y llegado a las filas luteranas obstaculizara con sus ideas más abiertamente a la Iglesia, como le recomendé con modestia porque me lo dijo Clemente séptimo cuando, leyó la «Antopología», que, como dije, escribí contra Erasmo³⁰.

³⁰ *De Rebus Gestis*, I, XV, cap. XXXI. Se refiere a la *Antopología pro Alberto Pio*.

La segunda parte de la crónica de Sepúlveda se inicia con la narración de los acontecimientos que condujeron a la campaña de Provenza, hasta las entrevistas de Carlos V y Francisco I en Aigües Mortes (libros XV-XVII), sin que los problemas con el turco dejen de ser tratados, aunque de manera somera. A continuación, Sepúlveda se vuelve hacia el interior de Castilla, de cuya política estaba siendo testigo y, por lo tanto, fue objeto de mayor atención, como no deja de constatar numerosas veces en estas mismas páginas, narrando de forma muy personal y pormenorizada las Cortes de Toledo de 1538, la muerte de la Emperatriz y la partida del Emperador hacia los Países Bajos, a fines de 1539, con la primera regencia del joven Felipe, bien flanqueado por Tavera, Juan de Zúñiga y Francisco de los Cobos.

La represión de Gante, así como los problemas con los turcos y con el Imperio —en realidad, aquí Sepúlveda habla más de la cuestión de la Reforma que en cualquier otro punto de su crónica, mucho más que en sus orígenes, a los que apenas se había referido, centrándose en la Dieta de Ratisbona de 1541— ocupan los libros XVIII y XIX, mientras que los veinte primeros capítulos del libro XX están dedicados a la expedición de Argel, tratada con mucho detalle, tanto en lo político como en lo geográfico e incluso en lo anecdótico, probablemente porque, como hemos dicho, aquí Sepúlveda pudo contar con la correspondencia de su criado Pedro Martín, desplazado hasta aquel escenario, quien le hacía llegar las noticias periódicamente. Las difíciles Cortes de Valladolid —no deja Sepúlveda de dejar constancia de una cierta resistencia que opusieron León, Salamanca, Segovia y Valladolid— y las aragonesas de Monzón, que ocupan el resto del libro XX, conducen directamente al último enfrentamiento entre Carlos V y Francisco I a partir del libro XXI, aunque Sepúlveda incluye algunos excursos importantes, tales como las particularidades políticas de los reinos catalano-aragoneses y un extenso excursus con todos los problemas que, precisamente por aquel entonces, tuvo él con motivo de su enfrentamiento con Las Casas. La guerra ocupa los libros XXI y XXII, pero es interrumpida en los primeros capítulos del libro XXIII —uno de los más extensos del volumen— que están dedicados, en cambio, a Felipe II.

El cronista no narra la infancia del Príncipe, sino que, de manera inteligente, analiza la utilización política de Felipe por la diplomacia de Carlos V; en consecuencia, lo que encontramos, a lo largo de 18 capítulos, son los acontecimientos que condujeron a su unión con María Manuela de Portugal, celebrada en Salamanca a fines de 1543; posteriormente, en el capítulo XLI vuelve a tomar este tema narrando el nacimiento del príncipe don Carlos —sobre el cual no emite ningún juicio— y la muerte de la Princesa, que Sepúlveda atribuye a la incuria de las matronas. Pero tanto los restantes capítulos de este libro como el libro XXIV están dedicados a la guerra con Francia, concluida en Crepy y con los príncipes alemanes, concluyendo con la muerte de Francisco I de Francia y Enrique VIII de Inglaterra en 1547, sin que el cronista emita ningún juicio de valor político sobre estos dos grandes adversarios del Emperador.

La guerra de la Liga de Esmalcalda ocupa buena parte del libro XXV, y la victoria de Mühlberg está descrita detalladamente, atribuyendo Sepúlveda a Carlos V haber

pronunciado *apud amicos* una paráfrasis de la célebre frase cesariana al cruzar el Rubicón, que ahora quedaba así: «Llegué, vi y, con la ayuda de Dios, vencí».

Los tres libros siguientes están dedicados a la guerra y la política exterior, con escasas y cortas referencias al Concilio Trento —Sepúlveda es enormemente parco a la hora de tratar un acontecimiento tan crucial para el mundo cristiano— o a la situación de Inglaterra, como prólogo al libro XXIX que va a tratar del reinado de Eduardo VI y de María Tudor y sus bodas con Felipe II. No debemos olvidar que aquí el cronista estuvo asesorado por el cardenal Reginald Pole, según hemos podido ver en su epistolario.

El último de los libros es enormemente interesante. Es también muy variado, pues en él se incluyen noticias acerca de la fundación de la Compañía de Jesús y de sus planes pedagógicos; la opinión de Sepúlveda acerca de la costumbre de los reyes, y en particular de Carlos V, de echar mano a las rentas eclesiásticas, en donde una cierta comprensión hacia las necesidades del Emperador no le impide criticar el hecho; el descubrimiento de las minas de Guadalcanal; la abdicación imperial y la retirada de Carlos V a Yuste, con algunas invectivas contra sus poco sanos hábitos de comida; algunas anécdotas acerca del valor que daba el Emperador a sus cronistas, y a las cuales ya nos hemos referido y, finalmente, un retrato físico del Emperador y una larga etopeya que, contra lo que podría esperarse, no conduce a la conclusión de la obra, sino que le sirve de enlace al cronista para extenderse en algunas cosas que no había situado en su lugar correspondiente, como las propias bodas del Emperador en 1526 y el nacimiento de sus hijos Felipe, María y Juana, siendo los últimos acontecimientos narrados por Sepúlveda el descubrimiento de los focos herejes de 1558 y las órdenes que, al respecto, dio Carlos V a su hija Juana.

Algunos juicios de valor sobre Sepúlveda como cronista del Emperador

La crónica de Sepúlveda no ha tenido muy buena prensa. Fueter le negó al humanista cordobés su calidad de historiador —«no se le podía tomar en serio», dejó escrito⁵¹— aunque hubiese merecido el aprecio de Ranke. Tampoco compartía la opinión de Morel-Fatio quien, más prudente, o quizá abrumado por más de mil páginas escritas en latín ciceroniano, dejó un dictamen tan «diplomático» e insulso que, hoy en día, apenas se sabe qué pueda significar: «un livre connu trop tard et têt négligé».

Sobre Sepúlveda se han cernido algunos prejuicios que, en buena parte, todavía pesan. Uno de ellos es simple en su origen: al estar la crónica de Carlos V en latín, se ha convertido en un libro prácticamente impenetrable para la inmensa mayoría de historiadores, los cuales, no obstante, si no han podido obviar la figura del cronista,

⁵¹ Cfr. RODRÍGUEZ PEREGRINA, E., «Introducción», *op. cit.*, *Obras Completas*, I, p. XCVII-XCVIII.

se han despachado diciendo que su obra no merecía mucha atención, toda vez que, como era de esperar, al ser un cronista nombrado por Carlos V tuvo que defender, necesariamente, los puntos de vista de quien le remuneraba⁵². Otro es no menos sencillo de captar: el enfrentamiento de Sepúlveda con Bartolomé de Las Casas y las posiciones defendidas por uno u otro —mucho más éticas las del dominico, desde posiciones actuales— siguen, de alguna manera, apartando las inclinaciones del áspero y no pocas veces oportunista cordobés; y aunque ello no debiera de haber afectado al enjuiciamiento de su labor como cronista de Carlos V, mucho nos tememos que sí lo hizo. Ello sin hablar de que Sepúlveda, al revés de Las Casas, no ha tenido detrás ningún historiador de la talla de Marcel Bataillon que examinara sus textos con su maestría indiscutible. Sepúlveda es un personaje indudablemente «antipático» dentro del amplio espectro del erasmismo que no sólo no profesó, sino que incluso combatió.

Cuando algunos filólogos, durante estos últimos tiempos, han dedicado más atención a la literatura latina escrita en la Edad Moderna, tampoco han despejado el panorama. Desconocedores, generalmente, de la historia, han hecho una simple transposición de sus conocimientos de historiografía antigua a la época moderna, con lo cual semejanzas o imitaciones, por otra parte nada ocultas por Sepúlveda, han servido para establecer filiaciones con este o aquel escritor clásico cuya actitud hacia el poder en su momento ha sido transpuesta a la figura del cronista del XVI⁵³.

Nada más lejos de nosotros que salir a defender el honor o el prestigio de Sepúlveda ni de ningún otro personaje del siglo XVI. Pero sí creemos tener una cierta obligación de aclarar algunos puntos.

En primer lugar, no creemos que constatar el hecho de que un cronista real estaba al servicio de la corona nos informe de nada sobre la calidad de su trabajo. A nadie se le oculta, por ejemplo, que Alfonso de Palencia fue más proclive a la figura de Fernando el Católico que a la de Isabel o que Hernando del Pulgar encomió más bien a la Reina, de lo cual no cabe deducir, sensatamente, que sus crónicas son poco útiles por «parciales».

En segundo lugar, Sepúlveda, como Mexía o como Nebrija antes que él, o como muchos otros, fue cronista real y es evidente que su crónica no es, desde luego, una diatriba contra quien le había nombrado. Pero dicho esto, que es una obviedad, habrá que analizar, ante todo, cómo realizó su trabajo y, posteriormente, comparar este trabajo con el de sus colegas, para calibrarlo en su justa medida. De otra manera correríamos el riesgo de homologar, sin más, las obras de los cronistas reales, por el mero hecho de serlo.

⁵² Es la opinión, por ejemplo, de PÉREZ, J., *La revolución de las Comunidades de Castilla (1520-1521)*, Madrid, 1977, p. 690, o MARAVALL, J. A., *Las Comunidades de Castilla*, Madrid, 1979, p. 36.

⁵³ Un reciente ejemplo de lo dicho puede observarse en POZUELO CALERO, B., «Propaganda y crítica en la *Historia de Carlos V* de Juan Ginés de Sepúlveda», *Calamus Renascens*, Alcañiz-Cádiz, 2000, pp. 299-309.

Pues bien, desde estos presupuestos, podemos decir que una lectura de la crónica de Sepúlveda ofrece no pocas sorpresas. La crónica de Carlos V es muy extensa, fue escrita a lo largo de mucho tiempo y con muchos altibajos en la vida del autor, como hemos tratado de poner de manifiesto. Es lógico, entonces, que los juicios de valor del cronista también oscilen entre unos momentos y otros, conforme fuera su ánimo en los momentos en que estaba trabajando, y más en el caso de Sepúlveda, que tuvo una vida pública tan agitada. Pero podemos fijarnos en algunos acontecimientos importantes y ver cuál fue la actitud del cronista.

Ya hemos expuesto ampliamente en otro trabajo la opinión de Sepúlveda sobre las Comunidades que, no siendo proclive a la causa comunera, desde luego dista mucho de ser complaciente y acrítica hacia la causa realista⁵⁴. También hemos tratado sobre la opinión que tenía Sepúlveda de la dignidad imperial, que no era, ciertamente, entusiasta⁵⁵. Vengamos al Saco de Roma, que tanto dio que hacer a la propaganda de la cancillería imperial y del que Sepúlveda, en cambio, dice claramente que fue una consecuencia de la política claramente avasalladora de Carlos V después de Pavia y del oneroso Tratado de Madrid de 1526 impuesto a Francisco I⁵⁶.

No se trata de ir punto por punto anotando las observaciones críticas de Sepúlveda hacia la figura o la política de Carlos V. Pero sí se trata de saber leer las páginas del cronista y descubrir claramente, por ejemplo, que en los mismos capítulos finales de su crónica sus juicios sobre el Emperador no dejan de ser críticos, no ocultando, por ejemplo, los rumores acerca de su desidia en la ejecución de sus tareas políticas, que hizo pensar en una auténtica insania imperial: *non sine suspicione mentis imminutae*⁵⁷, hecho que, por otro lado, está bien documentado⁵⁸.

Mucho menos pertinentes nos parecen las voces críticas que puedan alzarse sobre la «selección» de acontecimientos que hizo Sepúlveda, o sobre la postergación de los asuntos internos de los reinos peninsulares a favor de los que acontecieron en escenarios internacionales, o sobre el papel sin duda preponderante que, en muchas de sus páginas, tiene la historia militar. Desde luego, a los lectores o a los historiadores actuales pudiera gustarnos más una «selección» distinta, una minuciosidad aplicada de forma diferente o el tratamiento de acontecimientos que simplemente no aparecen en estas páginas, como las Germanías de Valencia y Mallorca, por ejemplo, y que, por cierto, tampoco están muy presentes en los cronistas que escribieron en castellano. Pero, en primer lugar, esa objeción podría ser hecha absolutamente a todos los cro-

⁵⁴ CUART MONER, B., «Estudio histórico», *op. cit.*, *Obras Completas*, I, pp. L-LXXXIII.

⁵⁵ CUART MONER, B., «Los romanos, los godos y los Reyes Católicos...», *op. cit.*

⁵⁶ CUART MONER, B., «Estudio Histórico. Juan Ginés de Sepúlveda en la década de 1540: unos años decisivos en la vida del historiador», *Obras Completas*, II. *Historia de Carlos V: libros VI-X*, Pozoblanco, 1996, pp. IX-LII.

⁵⁷ *De Rebus Gestis...*, *op. cit.*, II, lib. XXX, cap. XXXIX.

⁵⁸ RODRÍGUEZ-SALGADO, M. J., *Un Imperio en transición. Carlos V, Felipe II y su mundo*, Barcelona, 1992, pp. 117 y ss.

nistas de la Edad Moderna y, en segundo lugar, ello equivaldría a pedir o desear un imposible, cual era el que un hombre que creyó sinceramente en los principios del humanismo hubiese escrito negando aquellos mismos principios, es decir, dejando de lado lo que le habían enseñado sus maestros que no eran otros que los historiadores clásicos.